

daban permiso para ver á Michailowna.

Poco después la señora Leotard vino á verme, y por encargo de Pedro Alexandrowitch me dijo que el accidente había pasado, y que si bien todo peligro estaba vencido, el estado de Alejandra reclamaba el más absoluto reposo.

Hasta las tres de la madrugada fui de un lado para otro por mi cuarto; y es que mi situación iba haciéndose por momentos más problemática. Sin embargo estaba más tranquila tal vez porque era la más culpada.

Por fin me acosté aguardando con impaciencia la llegada del día.

Al ver de nuevo á Michailowna, noté con asombro que ésta me trataba con inexplicable frialdad, pero lo atribuí de buenas á primeras al encogimiento que le causaba el verme después de la escena de que yo había sido involuntariamente testigo, cuanto más que sabía que Alejandra era capaz de sonrojarse en mi presencia y de disculparse del escándalo de la víspera. Sin embargo no tardé en observar en ella los indicios y se-

fiales de otro temor y de un despecho desmañadamente disimulado. Michailowna me contestaba con acrimonia ó dando á sus palabras un doble sentido ofensivo para mí, y aun también mostrábase cariñosa y como arrepentida del mal que acababa de hacerme. Ahora bien, al preguntarle yo improvisamente cuál era su pensamiento y si tenía algo que confiarme, se turbó, pero rehaciéndose al punto, me miró con tranquilidad y me contestó sonriéndose con ternura:

—Nada tengo que confiarte, nada. Si me ha turbado tu inesperada pregunta es porque me la has dirigido demasiado inopinadamente, te lo aseguro. Dime la verdad, hija mía: ¿Alientas en tu corazón algo que te turbaría si te incitasen tan repentinamente á explicarte?

—No, contesté mirando con ingenuidad á Michailowna.

—Más vale así, exclamó Alejandra. Luego añadió: ¡Si supieses cuánto te agradezco lo que acabas de decirme! No es que yo sospeche de tí nada malo. Eso no, ni por aso-

mo. Nunca me perdonaría haber alentado contra tí un mal pensamiento. Pero escucha: te tomé en mi casa niña, y tienes ahora diez y siete años. Tú misma has visto que yo estaba enferma, que era como una niña. Necesito que cuiden de mí, y aunque te quiero lo bastante para haberlo deseado, no he podido reemplazar del todo á tu madre. Si algo me turba en este instante, la culpa es mía, no tuya. Perdóname pues la pregunta que te he dirigido, y que á pesar mío no haya cumplido cuantas promesas hice á tí y á mi padre al tomarte conmigo. Esto me desazona y me ha desazonado con frecuencia, amiga mía.

—¡Oh! gracias, gracias por todo, exclamé llorando y abrazando efusivamente á Michailowna. Pero no me hable V. así. V. ha sido por mí más que madre. Dios bendiga á V. y al príncipe por cuanto han hecho por mí, pobre abandonada. ¡Pobre madre mía! ¡mi querida madre!

—Ea, Netotchka, dame otro abrazo, pero más fuerte; más, más. Paréceme que te abrazo por la vez postrera.

—No, no, exclamé sollozando; no pasará así; será V. venturosa... Todavía lucirán para V. días de felicidad. Créame V., seremos dichosas.

—Te agradezco con toda mi alma que me quieras tanto. ¡Ay! ¡me quieren tan poco los que me rodean! Todos me han abandonado.

—¿Quién la ha abandonado á V.? ¿quién? dije.

—En otro tiempo me rodeaba la solicitud, profirió Alejandra. Tú no lo sabes, Netotchka. ¡Todos, todos me han abandonado! ¡Todos se han desvanecido cual espectros! Y yo he esperado incesantemente que volverían, lo he esperado hora tras hora. ¡Dios los perdone! Mira, Netotchka, el otoño está ya muy avanzado, y cuando caiga la nieve, que no tardará en caer, me moriré, sí, me moriré; pero sin que eso me apesadumbre. Adiós, Netotchka, adiós.

Alejandra tenía el rostro horrorosamente pálido y abatido, en sus mejillas ardían sendas manchas de sangre de mal agüero, y los labios, marchitos y secados por una fiebre devoradora, le temblaban constante-

mente como agitados por el postrer estremecimiento.

En este estado Michailowna se sentó al piano y tocó algunos acordes, pero en aquel mismo instante se rompió una cuerda y el sonido expiró lentamente como un suspiro de desesperación.

—¿Has oído, Netotchka? ¿has oído? exclamó Alejandra mostrándome el piano. Esa cuerda estaba demasiado tensa, y su entesamiento ha sido causa de su muerte. Escucha cuán plañideramente expira su voz.

Michailowna hablaba con dificultad, y sus dolores íntimos se le reflejaban en el rostro y las lágrimas le velaban los ojos.

—No hablemos más de eso, amiga mía, no hablemos más de eso, articuló Michailowna. Vé por mis hijos y tráemelos.

Cumplí la voluntad de Alejandra, que pareció serenarse al mirar á sus hijuelos, y los dejó que se volviesen al cabo de una hora.

—Cuando me muera no los abandones, Annetta, me dijo Alejandra. Y en voz queda

y como temerosa de ser oída, añadió: ¿No es verdad que no los abandonarás?

—No diga V. eso, me está V. matando, contesté apenas con aliento para articular estas contadas palabras.

—¡Ah! tontuela, profirió Michailowna tras una pausa y sonriéndose. ¿No ves que me chanceo? ¿No sabes que á las veces hablo Dios sabe cómo? Soy una niña y hay que perdonármelo todo.

Dichas estas palabras, Alejandra me miró con timidez, como si tuviese que hacerme una confidencia penosa. Luego bajó los ojos, se puso encendida, y en voz tan sumamente baja que apenas la oí, dijo:

—Guárdate de asustarlo.

—¿A quién? pregunté con extrañeza.

—A mi marido. Quizá vas á contarle todo eso á escondidas.

—¡Yol! ¿y por qué? articulé admirada hasta más no poder.

—Tal vez, en definitiva, no se lo digas. Ea, no hablemos más de eso. Basta de chanzas, profirió Michailowna esforzándose en mirarme lo más maliciosamente posible,

pero conservando en los labios su cándida sonrisa y ruborizándose más y más, como á mí más y más iba oprimiéndose el pecho. Luego se puso seria, y con voz de misterio continuó: ¿No es verdad que los querrás una vez yo me haya muerto? Los querrás como si fuesen hijos tuyos, ¿no es verdad? Recuerda que yo te he querido siempre como á una hija, que no he hecho distinción entre tú y los míos.

—Sí, sí, contesté, sofocada por el esfuerzo que hacía para retener las lágrimas y sin saber lo que decía.

Sin darme tiempo de retirarla, Michailowna depositó en mi mano un ardentísimo beso que me cortó la palabra.

—¿Qué le pasa? dije entre mí, ¿en qué está pensando? ¿Qué pasó ayer entre él y ella?

Poco después Alejandra se quejó de un gran decaimiento, y dijo:

—Hace tiempo que estoy enferma, pero no quería asustaros ni á tí ni á él. ¡Me amáis tantol... Ea, déjame; hasta la vista, Netotchka; no dejes de venir esta noche. ¿Vendrás?

Contesté afirmativamente, y salí presurosa. Un minuto más y me hubiera sido imposible represar el llanto.

«¡Oh mujer sin ventural dije entre sollozos; ¡qué sospechas te acompañan al sepulcro! ¡Qué nuevo pesar maltrata y roe tu corazón! ¡Y tienes ánimo para hablar de eso! ¡Oh Dios mío! ¿Quién podría explicar ese largo martirio ignorado por mí casi hasta ahora, esa vida sin luz, ese amor tímido que nunca se ha atrevido á pedir nada? Aun en la hora de ahora, casi en su lecho de muerte, con el corazón trasido de angustia, está ahí cual una culpada, evitando el más leve ruido, privándose de toda queja é imaginando, inventando nuevos dolores para someterse á ellos y con ellos resignarse...»

Al caer de la tarde y aprovechándome de la ausencia de Ovroff, el mensajero de Moscou, entré en la biblioteca, abrí un armario y busqué un libro que me fuese permitido leerlo en alta voz á Alejandra Michailowna. Para divertirla de sus lúgubres ideas, quería yo una obra ligera... Busqué

larga y distraidamente, porque conforme iba oscureciendo, mi tristeza se hacía más abrumadora... Por fin encontré á mano el mismo libro, abierto por la misma página en que estaba colocada *la carta* de marras, aquella carta que no se me borraba de la memoria, aquella carta misteriosa que había dividido mi vida en dos partes, cerrando la una y abriendo la otra. ¡Cómo me había oprimido el corazón! ¡qué cúmulo de incógnitas desolaciones me había revelado! ¿Qué va á ser de nosotras? dije para mí. La casa donde he sido dichosa va á serme extraña. El espíritu puro y sereno que protegía mi juventud me abandona. ¿Qué porvenir me espera?... Y mi pensamiento se volvía ora hacia lo pasado que tan caro me era, ya hacia el terrible porvenir que me esforzaba en adivinarlo... Me acuerdo de aquel instante como del presente, por tal manera se grabó en mi memoria.

Yo continuaba con el libro abierto sobre la carta y las lágrimas me inundaban el rostro. De improviso me estremecí de espanto: acababa de oír á mis espaldas *la voz*

harto conocida y al mismo instante sentí que me arrebatában la carta. Lancé un chillido y me volví. Pedro Alexandrowitch estaba en mi presencia, y me asió vigorosamente del brazo para mantenerme en mi sitio; luego y con la diestra acercó la carta á la luz y se esforzó en descifrar las primeras líneas... Yo, que habría preferido morirle á dejar en manos de Pedro aquella carta, dí voces, pues en la sonrisa de triunfo de aquél eché de ver que había logrado leer las primeras líneas... Trascurrido un minuto y sin conciencia de mis actos, pues estaba fuera de mí, me abalancé á Pedro y le arranqué la carta; pero todo tan precipitadamente, que ni yo misma comprendía cómo volvía á estar en posesión del papel fatal.

Alexandrowitch hizo ademán de querer recobrar la carta, y yo, al verlo, la escondí en mi seno y retrocedí tres pasos. Por espacio de medio minuto los dos nos miramos de hito en hito, sin proferir palabra; luego Alexandrowitch, pálido, con los labios trémulos y azules de ira, exclamó con voz entrecortada por la cólera y la emoción:

—Supongo que no quiere V. que haga uso de la fuerza. Devuélvame V. de buenas á buenas esa carta.

Sublevada contra aquella violencia, medio sofocada por la indignación y la vergüenza, volví en mi acuerdo y se me escaparon de los ojos candentes lágrimas.

Ahora bien, como la profunda agitación que sacudía todo mi sér me privó de contestar inmediatamente, Pedro Alexandrowitch se avanzó un paso hacia mí, y dijo:

—¿Ha oído V.?

—¡Déjeme V., déjeme! grité haciéndome á un lado. Ha obrado V. de un modo ruin, indigno. Ha faltado V. á sus deberes... Déjeme V. pasar...

—¿Qué es eso? profirió Alexandrowitch. ¿Se atreve V. todavía á emplear ese tono después de lo que V...? ¡Devuélvame V. la carta, digo!

Pedro se adelantó otro paso; pero al mirarme vió en mis ojos tal decisión que se detuvo y reflexionó.

—Está bien, articuló por fin Alexandrowitch como si hubiese tomado otra resolu-

ción, por más que se echaba de ver que á duras penas se refrenaba.—Ya volveremos á eso. Ahora y ante todo dígame V...

Interrumpióse mi interlocutor, y en mirando á todas partes, continuó:

—¿Quién ha dado á V. permiso para entrar en la biblioteca? ¿Por qué está abierto el armario? ¿Dónde ha encontrado V. la llave?

—No contestaré, dije, no quiero hablar con V. Déjeme.

—Ca, no, V. no saldrá de aquí así como se quiera, exclamó Alexandrowitch deteniéndome, al ver que yo me encaminaba á la puerta. Y como yo me libraba silenciosamente de su mano y avanzase nuevamente hacia la salida, añadió: Corriente, pero sepa V. que no puedo consentir que reciba V. en mi casa las cartas de sus amantes.

Estas palabras me arrancaron un grito de horror.

—Por consiguiente, prosiguió Pedro...

—¡Cállese V.! exclamé. ¿Cómo puede V. decirme?... ¡Válgame Dios!...

—¿Qué? ¿todavía me amenaza V.?

Pálida y medio muerta miré á Alexandrowitch. ¿Cómo en tan breve espacio había aquella espantosa escena podido llegar á tal grado de intensidad?

Con la mirada supliqué á mi interlocutor que no continuase, y aun estaba pronta á perdonarle la ofensa si se detenía.

Alexandrowitch me miró cara á cara y pareció titubear.

—No me irrite V., le dije en voz baja.

—Ea, acabemos, profirió Alexandrowitch con voz resuelta. Y sonriéndose de un modo singular, añadió: Al principio he titubeado ante la mirada de V., lo confieso. Por desgracia el caso no puede ser más evidente. He leído el principio de la carta: es una carta de amor; no se empeñe V. en hacerme creer lo contrario, porque no lo conseguirá usted. El que yo haya titubeado sólo prueba que á los talentos de V. hay que añadir el de saber representar á las mil maravillas la comedia. Por consiguiente repito...

Conforme iba hablando, á Pedro se le descomponía el rostro. Más y más pálido,

los labios le temblaban y se le retorcian.

Alexandrowitch apenas pudo tartamudear las últimas palabras.

La oscuridad era más densa por momentos, y yo estaba sola é indefensa ante un hombre capaz de ultrajar á una mujer. Además, todas las pruebas me eran contrarias. Muerta de vergüenza, conocía que para mí no había remedio; pero no podía comprender el furor de aquel hombre. Sin contestarle, loca de terror, salí corriendo de la biblioteca, y, sin saber cómo, llegué á la entrada del gabinete de Alejandra Michailowna. En esto oí los pasos de Pedro Alexandrowitch é intenté entrar para sustraerme á él; pero improvisamente me detuve como si á mis pies hubiese caído un rayo.

—«¿Qué va á ser de ella? dije entre mí... ¡Oh! jesa cartal... No, todo es preferible á esa última puñalada en su corazón...»—Y me eché hacia atrás, pero demasiado tarde: Pedro estaba á mi lado.

—Vayamos adonde V. quiera, pero no aquí, le dije en voz baja y asiéndole la mano. Compadézcase V. de ella. Vayamos á

la biblioteca ó á cualquiera otra parte... La mataría V.

—V. es quien la mata, no yo, contestó Pedro repeliéndome.

Desvanecidas todas mis esperanzas, comprendí que lo que precisamente quería Alexandrowitch era continuar el escándalo en presencia de Alejandra Michailowna.

—¡Por Dios! le dije reteniéndolo con todas mis fuerzas... Pero en esto se levantó la antepuerta y se presentó Alejandra, que, más pálida que de costumbre, nos miró con estupor. La pobre apenas podía tenerse en pie, y se veía claramente que había de haber hecho un grande esfuerzo para acercarse á nosotros al oír nuestras voces.

—¿Qué pasa? ¿De qué estaban Vds. hablando? preguntó Michailowna mirándonos con una especie de terror vago.

Por breves instantes guardamos todos el más profundo silencio, y yo, al ver que Alejandra palidecía aún más, me abracé á ella, y apretándola fuertemente contra mi pecho la empujé hasta lo último del gabinete,— adonde nos siguió Pedro Alexandrowitch—y

allí y muriéndome de aprehensión, la abracé todavía con más vehemencia.

—¿Qué te pasa? ¿Qué les pasa á Vds.? volvió á preguntar Alejandra.

—Que se lo diga á V. ella misma... Sin ir más lejos, ayer volvió V. á prohibírselo, profirió Pedro Alexandrowitch dejándose caer con todo el peso de su cuerpo en una butaca.

—¿Pero qué pasa? insistió Michailowna asustada al ver que yo la estrechaba más y más entre mis brazos.—V. está irritado, ella aterrorizada y llorosa... Anneta, cuéntame por menudo lo que entre vosotros ha pasado.

Pedro Alexandrowitch se avanzó, y apartándome de su mujer y mostrándome el centro de la estancia, dijo:

—Quédese V. aquí. Quiero que la que le ha hecho V. las veces de madre, la juzgue.

Y volviéndose hacia Michailowna, á la cual condujo hasta un sillón, añadió:

—Y V. tranquilícese y siéntese. Siento de todas veras no poder librar á V. de una explicación desagradable, pero necesaria.

—¡Virgen santísima! ¿qué va á pasar? exclamó Alejandra mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

Yo, en la expectación de un minuto fatal, me retorcí las manos, pues sabía que no me cabía esperar misericordia de Pedro Alexandrowitch.

El cual prosiguió en los siguientes términos:

—En una palabra, V. va á juzgar conmigo. Siempre, como ayer, pongo caso, ha sido V. inclinada, sin que yo atine en la causa de este capricho, uno de tantos de usted, á pensar y decir... No sé cómo expresarme; las suposiciones de V. me hacen sonrojar. En suma, V. la defendía, se revolvió V. contra mí, me echaba V. en cara una severidad *extemporánea*, y aun aludía usted á otro sentimiento al parecer causa de esa *extemporánea* severidad. Usted... no comprendo porqué no puedo vencer mi turbación. Al pensar en las suposiciones de usted me suben los colores al rostro. ¿Porqué pues no puedo decir abiertamente delante de ella...? En una palabra, usted...

—¡Oh! V. no dirá eso, no lo dirá, atajó Alejandra Michailowna en el colmo de la inquietud y ruborizada de vergüenza. V. no le dará tal trastorno. Soy yo la inventora de todo, y ya no me queda más que una sospecha, una tan sólo, por la cual pido perdón también en gracia á mi falta de salud. Es preciso que se me perdone y callarse eso.

Y volviéndose hacia mí Alejandra añadió:

—Vete, vete sin demora, Annetta, mi marido se chanceaba; aquí no hay más culpa que yo. Era una broma pesada...

—Sin ambages, por mi causa estaba usted celosa de ella, exclamó Pedro Alexandrowitch, respondiendo sin compasión, con estas palabras, á la ansiosa expectación de la pobre mujer.

Michailowna exhaló una gran voz, palideció, y, casi desfallecida, se agarró á la butaca. Luego, al cabo de un rato, susurró:

—Dios le perdone á V. Perdóname por él, Netotchka, perdónanos. A lo menos yo soy la más culpada. Pero estaba enferma, y...

—Esa es una tiranía la más vergonzosa

y vil, exclamé fuera de mí y comprendiendo al fin porqué Pedro tenía tanto empeño en humillarme á los ojos de su mujer. Esto es infame, caballero; usted...

—¡Annetal imploró Alejandra despavorida y reteniéndome por las manos.

—¡Farsal ¡farsal ¡todo es pura farsal exclamó Pedro Alexandrowitch acercándosenos pábulo de una agitación indecible. Y mirando fijamente á su mujer y sonriéndose de un modo desapiadado, añadió: Farsa, digo, y la engañada en esta farsa, es usted, créame. Luego, hipando de rabia y designándose con los ojos, prosiguió: Créame usted, ya nuestra inocencia no es para sublevarnos, avergonzarnos y taparnos los oídos cuando en nuestra presencia hablan de estas cosas. Dispénsame V. mi sencillez franca y quizá brutal en expresarme, pero es preciso que así lo haga: ¿está V. segura, señora, de la buena conducta de esa... señorita?

—¿Qué le pasa á V.? V. se excede, dijo Michailowna, como petrificada de asombro.

—Déjese V. de frases de relumbrón, se lo

ruego, profirió Pedro Alexandrowitch con desdén, no me placen. Este asunto es trivial hasta más no poder. Pido á V. informes respecto de la conducta de la señorita. ¿Sabe V.?

De haberle dejado concluir la frase, todo estaba perdido; así pues lo así de la mano, y llevándolo aparte con viveza, le dije apresuradamente y en voz baja:

—La mataría V. de repente. Los cargos que V. me dirigiese á mí, la dañarían á ella, imposibilitada de juzgarme, pues lo sé todo... ¿Ha oído V.? lo sé *todo*.

Pedro me miró de hito en hito, con ardiente curiosidad, y, al parecer turbado, la sangre le subió al rostro.

—Sí, lo sé *todo, todo*, repetí.

Alexandrowitch titubeaba todavía, y ya iba á formular una pregunta; pero yo le sañé al paso, diciendo en alta voz á Michailowna, que nos observaba con inquietud cada vez mayor:

—Hé aquí lo que ha pasado. Yo soy la culpada. Hace cuatro años que la estoy engañando á V. Me apoderé de la llave de la

biblioteca, y hace cuatro años que á escondidas leo libros. Pedro Alexandrowitch me ha sorprendido leyendo uno que debía no haber estado en mis manos, y en su temor por mí, ha exagerado el mal á los ojos de V...

Y al ver que Pedro fruncía los labios á impulsos de una sonrisa marraja, me apresuré á añadir:

—Repito que soy culpada. La tentación era irresistible, y como ya me habían regañado por una falta idéntica, me daba vergüenza confesarla... Esto es todo ó casi todo lo que ha pasado.

—¡Oh! ¡oh! ¡qué aprisa va V.! me dijo en voz queda Pedro Alexandrowitch.

Alejandra, que me escuchaba con atención profunda y en cuyo rostro se traslucía una desconfianza evidente, ora miraba á su marido, ora ponía en mí los ojos.

Por breve espacio reinó el silencio.

En cuanto á mí, apenas podía respirar.

Michailowna reclinó la cabeza en mi pecho, se tapó los ojos con la mano para meditar con más libertad y pesar mejor las

palabras por mí pronunciadas, y cuando volvió á levantar la cabeza, me miró largamente y dijo:

—Netotchka, hija mía, sé que eres incapaz de mentir. ¿Eso es todo, absolutamente todo?

—Todo, respondí.

—¿Es eso todo, realmente todo? preguntó Alejandra á su marido.

—Todo, respondió Alexandrowitch haciendo un esfuerzo.

Al oír la respuesta de Pedro se me quitó de encima una montaña.

—¿Me das tu palabra, Netotchka? me preguntó la pobre mujer.

—Sí, respondí sin vacilar, aunque no pudiendo menos de mirar á Pedro Alexandrowitch, que se había reído al oírme dar mi palabra, haciéndome con ello sonrojarme.

En el rostro de Alejandra, que había notado mi turbación, se transparentó una pena punzante.

—No puedo poner en duda lo que acaban Vds. de decirme, profirió Michailowna con tristeza.

—Y yo espero que no habrá necesidad de otros testimonios, articuló Alexandrowitch. ¿Se le ofrece á V. algo más?

Alejandra guardó silencio; y es que el lance iba haciéndose más penoso por momentos.

—Mañana sin falta examinaré todos los libros, exclamó Pedro, todavía no sé cuáles hay en la biblioteca; pero...

—¿Qué libro leía Netotchka? preguntó Alejandra.

—Responda V., me dijo Pedro. Y con intención burlona, añadió: V. sabe *explicar el asunto* mejor que yo.

Alejandra, al ver que yo no sabía qué contestar, volvió á sonrojarse y bajó los ojos.

Otra vez reinó el silencio, y luego que durante él Alexandrowitch se hubo paseado por la estancia, Michailowna dijo con timidez visible:

—Ignoro qué hay entre Vds. dos, pero si todo se reduce á *eso*...

Michailowna se esforzaba en dar á sus palabras un sentido particular y en evitar la mirada de su marido.

—Si todo se reduce á *eso*, replicó Alejandra, no me explico porqué los tres nos condenamos uno de otro. Yo soy la más culpada, y lo soy porque he descuidado la educación de Netotchka y he de responder de ella. Es menester que Annetta me perdone, que yo pueda juzgarla. ¡Juzgarla! no me atrevería. Pero, repito, ¿por qué afligirse? El peligro pasó. Mírela V., Pedro Alexandrowitch, prosiguió Alejandra, animándose progresivamente, mírela V. y dígame cuáles han sido las consecuencias de su imprudencia. ¡Bah! conozco á mi hija, á mi querida hija, y sé que tiene puro y noble el corazón, y que en su hermosa cabeza, —y al decir esto Michailowna me acariciaba y me atraía á sí,—reside un espíritu recto y prudente, una conciencia enemiga de la mentira... Ea, mis queridos amigos, acabemos; probablemente hay otra cosa que me ocultáis en lo íntimo de vuestra tristeza. Es una nube, una borrasca peligrosa. Desviémosla por el amor, por la buena inteligencia, y desechemos para siempre más las sospechas. ¿No es así? Quizá se levantaba

más de una entre nosotros, y yo soy la primera en confesarlo, porque fui la primera en sentirlos. En presencia vuestra disimulaba, y Dios sabe qué pensamientos germinaban en mi doliente cabeza. Pero disipado ya el mayor obstáculo de esa mala inteligencia, perdonadme los dos, pues... pues al fin y al cabo mis sospechas, bien analizadas, carecían de gravedad real...

Alejandra miró con timidez á su marido, esperando ansiosamente su contestación.

Pedro escuchaba á su mujer sonriéndose, y cuando ésta se hubo callado, cesó de pasearse, se paró delante de ella con las manos cruzadas á la espalda, y la miró como si espíase la turbación de la pobre mujer y gozase estudiándola.

Michailowna, al sentir clavada en ella la mirada de su marido, se perturbó, y arreció todavía más su apuro, al ver que Pedro permanecía callado y como esperando que ella continuase.

Por fin Alexandrowitch puso término á tan insoportable situación, soltando una larga é insultante carcajada.

—La compadezco á V., infeliz, dijo Pedro, procurando dar á sus palabras un acento de amarga gravedad y cesando de reírse. Ha escogido V. un papel superior á sus fuerzas. ¿Qué desea V.? ¿una respuesta? Las palabras de V. disfrazan malamente las nuevas sospechas que V. ha concebido, ó mejor dicho la inveterada desconfianza que le vedará á V. comprender mi contestación. No hay razón para irritarse contra Netchka, perfecta aun después de haber leído libros inmorales y cuya inmoralidad tengo para mí que ha dado ya su fruto. En fin, V. responde de ella ¿no es verdad? Sin embargo, V. conserva sus sospechas y yo sé á qué secreto motivo atribuye V. mis persecuciones. Ayer, ayer mismo,—y no me interrumpa V., pues me placen las situaciones claras,—ayer, repito, observaba V. que en ciertas personas, correctas, severas, rectas, discretas, fuertes, como V. las calificaba en un arranque de generosidad; que en ciertas personas, digo, el amor,—y Dios sabe porqué se le ocurrió á V. hablar de amor,—sólo puede ser profundo, vehemen-

te, arrebatado, entreverado de recelos y manifestándose en importunidades. No recuerdo claramente si son estas las mismas palabras que V. empleó... No me interrumpa V., se lo ruego, conozco sobradamente á la discípula de V., y sé que puede oírlo todo, por la centésima vez lo repito, todo. V. está engañada. Pero ¿por qué quiere V. que yo sea precisamente el individuo de que se trata? ¿Por qué se empeña V. en disfrazarme con un ropón de gracioso? ¿Yo amar á la señorita? ¡Bah! no es eso para mis años. Además, *sé cuáles son mis deberes*; sea cuál fuere la generosidad del perdón que V. me ofrece, sostengo que los *crímenes siempre son crímenes, los pecados, pecados, vergonzosos, detestables, viles, por mucho que se les encumbra*. Pero dejemos eso, y que nunca jamás vuelvan á decirme ni una palabra sobre tales vilezas.

—Humílleme V., caiga todo sobre mí, dijo Michailowna llorando y teniéndome abrazada. Desprécieme V. por mis sospechas, de las que ha hecho V. cruel burla... Pero tú, pobre hija mía, ¿por qué estás con-

denada á oír tales ofensas sin que yo pueda preservarte de ellas? ¡Ah! ¡como yo fuese un poco fuertel... No puedo callarme, caballero, es superior á mi voluntad... La conducta de V. es insensata...

—Cállese V., cállese V., dije en voz baja á Michailowna, esforzándome en calmar su indignación, temerosa de que exasperase á su marido con sus reproches.

—Pero mujer ciega, exclamó Alexandrowitch, ¿así pues nada sabe V.? ¿nada?...

Pedro se calló, y poco después y de repente, desasíó con violencia mis manos de las de Alejandra, y exclamó:

—¡Atrás! ¡atrás! No consiento que se acerque V. á mi esposa. ¡La mancilla V.! ¡La ultraja V. con su presencia! Pero ¿qué fuerza me obliga á callar cuando es indispensable hablar? clamó, dando una patada en el suelo. Hablaré, lo diré todo. Ignoro lo que V. *sabe*, señorita, ni á qué tira su amenaza, pero no quiero saberlo. Y volviéndose hacia su mujer, Pedro añadió: Escuche V....

—¡Silencio! dije avanzándome y en ade-

mán de súplica, ¡silencio! ¡ni una palabral

—Escuche V...

—Ni una palabra, en nombre de...

—¿En nombre de qué, señorita? atajó Pedro con viveza y mirándome de hito en hito...—Y volviéndose otra vez hacia Michailowna, añadió: Sepa V. que la he sorprendido mientras leía una carta de amor. Hé aquí lo que pasa en nuestra casa, á nuestro lado, lo que V. no ha sabido ver...

Yo estuve á pique de dar conmigo en tierra, y Alejandra, pálida como una difunta, susurró:

—No puede ser.

—Señora, exclamó Pedro, he visto la carta con mis propios ojos, la he tocado con mis propias manos, he leído de ella las primeras líneas y no me he engañado. Es carta de un amante. Netotchka me la ha arrancado de las manos; y ahora la tiene ella. Esto es claro, cierto, incontestable. ¿Todavía titubea V.? ¡Mírela!

—¡Netotchka! profirió Alejandra abalanzándose á mí. Pero no, ¡no digas nada! ¡no digas nada! Ya sé lo que es, ya lo sé... ¡Dios

mío! ¡Dios mío! Y tapándose el rostro con las manos y echándose á llorar, añadió, mirando cara á cara á su marido: No, no puede ser, se ha engañado V. Ya sé lo que significa eso. Usted... yo... no podría...

Michailowna hizo una breve pausa, y volviéndose hacia mí, prosiguió:

—Tú no me engañarás, no puedes engañarme; dímelo todo sin ocultarme ni un ápice. ¿No es verdad que mi marido se ha engañado? Ha visto mal, está ciego... Sí, ¿no es verdad? ¿no es verdad? ¿Porqué no decírmelo todo, querida hija mía?

En esto oí, encima de mi cabeza, la voz de Alejandrowitch, que decía:

—Conteste V. sin demora: ¿he visto ó no he visto la carta en manos de V.?

—Sí, contesté medio muerta.

—¿Es de su amado de V.?

—Sí.

—¿Con el cual V. corresponde?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! exclamé sin saber lo que decía, resuelta á contestar afirmativamente á cuanto me preguntasen, para concluir de una vez.

—¿Ha oído V.? profirió Pedro Alexandrowitch cogiendo la mano á su mujer. ¿Qué dice V. á eso? ¡Oh alma bondadosa! ¡oh corazón excesivamente crédulo! créame V. y deseche las ilusiones de su enferma fantasía. Ahora ve V. quién es esa... señorita. Al hacer lo que he hecho, no me ha guiado otro fin que el de hacerle á V. patente lo infundado de sus sospechas. De largo tiempo estaba yo enterado de todo eso, y me place haberla desenmascarado delante de V. Me daba pena verla á nuestro lado, en los brazos de V., sentada á nuestra mesa, en mi casa en fin. La ceguera de V. me sacaba de quicio. Por eso, nada más que por eso la he estudiado, espionado. Dios sabe las sospechas que ha sugerido á V. el aparente interés que me tomaba en seguirle los pasos, y qué castillos ha levantado V. sobre tan falsos cimientos. Ahora la situación queda despejada, ya no es posible el engaño...

Dichas estas palabras, Alexandrowitch se volvió hacia mí, y añadió:

—Mañana, sin más tardar, saldrá V. de mi casa.

—Deténgase V., dijo Michailowna levantándose. No creo palabra de todo eso. No me mire V. de un modo tan hurafío, no se burle V. de mí. A V. es á quien yo quiero juzgar. Annetta, hija mía, acércate y dame la mano. Así.

Y con voz entrecortada por los sollozos y mirando á su marido con inefable expresión de humildad, Alejandra prosiguió:

—Todos somos culpados, todos... A ninguno de nosotros nos cabe el derecho de repeler una mano, sea la que fuere. Dame pues la tuya, mi querida hija; yo soy menos meritoria, menos virtuosa que tú; tu presencia no puede ofenderme, porque ¿no soy también yo *pecadora?*...

—¡Señora! exclamó Pedro Alexandrowitch asombrado y furente, cálese V., V. olvida...

—Nada olvido. No me interrumpa V., déjeme hablar. Ha visto V. en manos de Netotchka una carta, y la ha leído V. Ha dicho usted, y ella lo ha... confesado, que la carta esa es de su amante. Pero eso no prueba que Netotchka sea culpada, ni le permite á usted tratarla así y ultrajarla á mis ojos,

á los ojos de su esposa de V. ¿Ha examinado V. eso detenidamente? ¿Le consta á usted bien lo que hay?

—¿No sería bueno que aun tuviese que pedirle perdón? exclamó Alexandrowith. ¿Es eso lo que V. quiere? Al fin se me acaba la paciencia. ¿V. sabe de quién está hablando? ¿Sabe V. lo que dice? ¿Sabe V. á quién y qué defiende? Sin embargo no puede ser más patente...

—V. no lo ha visto todo, y no lo ha visto usted todo porque la ira y el orgullo lo ciegan. V. no sabe lo que yo defiendo ni de quién hablo. Si fuese V. capaz de razonar, vería más claro, porque reflexionaría. ¿Ha pensado V. en que Netotchka puede no ser todavía más que una niña cándida? No defendiendo el vicio, y me apresuro á decirlo por si esto puede serle á V. agradable. Si Netotchka fuese esposa ó madre y hubiese olvidado sus deberes, me pondría al lado de usted... Ya ve V. que no desvarío: tomé usted nota de ello y no me dirija nuevos cargos. ¿Y si Netotchka ha recibido esa carta sin conocer el mal; si la ha arrastrado un

sentimiento inexperto sin que á su lado hubiese nadie para retenerla; si soy yo la única culpada por no haber velado como debía por ella; si la carta esa es la primera; si V. con sus groseras sospechas ha ultrajado su delicadeza virginal y ha mancillado V. su imaginación con sus cínicos comentarios? Si V. no ha sabido ver, como lo estoy viendo yo en este instante, el pudor que brilla en el rostro de Netotchka, puro como la inocencia, cuando desatinada, quebrantada, sin saber lo que decía, ha contestado afirmativamente á las inhumanas preguntas que V. le ha dirigido... ¡Oh! es inhumano, cruel lo que V. ha hecho, y nunca jamás se lo perdonaré...

—Sí, compadézcase V. de mí, compadézcase V. de mí, exclamé abrazando efusivamente á Michailowna; compadézcase V., no me eche V. de esta casa ..

Dichas estas palabras, caí de hinojos á los pies de Alejandra, que continuó con entrecortada voz:

—¡Ah! ¡si yo no estuviese junto á ella, si usted la hubiese despavorido con sus pala-

bras, y la sin ventura se hubiese convencido de que es culpada! ¡si V. hubiese turbado su conciencia, destruido la paz de su corazón!... ¡Válgame Dios! ¡echaría de esta casa! Pero ¿V. sabe con quién se hace eso? ¿Sabe V. que si ella se va me iré yo con ella? Yo, sí, ¿lo oye V., caballero?

Michailowna, en el parasismo de la exaltación, despedía rayos por los ojos y jadeaba convulsivamente.

—¡Basta, señora, basta! dijo Pedro Alexandrowitch. Ya sé que hay pasiones platónicas, y lo sé por mi desgracia, ¿lo oye V.? por mi desgracia; pero no puedo vivir en sociedad con el vicio dorado; no se ha hecho esto para mí. ¡Fuera esos relumbrones!... Si se tiene V. por culpada, si sabe V. algo,—y cuenta que no debería verme en el caso de recordárselo á V., señora,—y le place salir de mi casa... no me queda sino decirle y hacerle presente que es lástima que no hubiese V. realizado este proyecto cuando era oportuno, verdaderamente oportuno, hace de eso algunos años... Se lo recuerdo á V. por si lo ha olvidado...

Al oír estas palabras miré á Michailowna, la cual, desfallecida y anonadada, se agarraba á mí.

De haber Alexandrowitch pronunciado una palabra más, la pobre hubiera expirado repentinamente.

—Por favor, compadézcase V. de ella, no diga V. lo capital, exclamé derribándome á los pies de Alexandrowitch y olvidando que así me vendía á mí misma. Pero lo advertí demasiado tarde. Un débil chillido respondió á mis palabras y la desventurada dió consigo en el suelo.

—Se acabó, dije, V. la ha matado. Llame usted á la servidumbre, sálvela V. Aguardo á V. en su gabinete, me es indispensable hablar con V.; todo se lo contaré...

—Pero ¿qué? ¿qué?

—Luego, luego, dije.

Los cuidados más prolijos no produjeron efecto alguno en Alejandra Michailowna, y cuando llegó el médico, éste manifestó que todo había concluido.

Dos horas después entré en el gabinete de Pedro Alexandrowitch, el cual venía del

apuesto de su mujer y estaba pálido, desfigurado, y andaba de un lado para otro mordiéndose los dedos hasta hacerlos sangrar. Nunca lo había visto en tal estado.

—Ea, ¿qué tiene V. que comunicarme? me dijo Pedro con groserísima aspereza.

—Aquí está la carta, contesté. ¿La conoce V.?

—Sí.

—Tómela pues.

Alexandrowitch se llegó á la luz, y yo lo observé atentamente. Aquél no tardó en volver la página cuarta y en leer la firma.

—¿Qué es eso? susurró Alexandrowitch estupefacto y con las mejillas ardientes.

—Hace tres años, dije, encontré esa carta en un libro, y como supuse que estaba allí olvidada, la leí y lo supe todo. Luego y no sabiendo á quién entregarla, la conservé. A ella no podía dársela, y á V. ¿para qué si estaba V. evidentemente enterado de toda esta triste historia?... ¿Por qué disimulaba usted? lo ignoro, para mí es un secreto, cuanto más que me está vedado ahondar en la tenebrosa alma de V... Es indudable

que V. quería conservar un modo de tiranizarla y lo ha conseguido V. Pero ¿con qué fin? ¿Para triunfar de un fantasma? ¿para trastornar la debilitada imaginación de una enferma? ¿para probar á ésta que se engañaba y que V. era más puro que ella? También ha logrado V. eso. Sus últimas sospechas, esa idea fija de mi espíritu que se extingue, eran el plañido supremo de un corazón quebrantado por la opinión cerrada de la sociedad con la cual se había V. ligado contra ella, V., orgulloso, egoísta, celoso y desapiadado. Y basta de explicaciones; pero no olvide V. que lo sé todo y que todo lo he visto. Quede V. con Dios.

Dije, y me volví á mi cuarto sin saber claramente lo que hacía.

.....

 Dos años después y gracias á un trabajo impropio y á la protección del príncipe X***, entré en la grande ópera de San Petersburgo y conseguí los más lisongeros triunfos desde el principio de mi carrera.

Nunca jamás volví á ver á Katia, casada